

CARRA Y CRUZ

Por IGNACIO AGUSTI

La sonrisa de las N. U.

SEGUN nos han informado los periodistas que asistieron a la proclamación de miss Naciones Unidas en Mallorca, la señorita Suecia no sonrió jamás previamente a su encubramiento y coronación; abrió en cambio, una esplendorosa sonrisa después del veredicto. Lo último, pues, que mostró al jurado y a los concurrentes la muchacha más bella del mundo —más bella, por lo menos, según los cánones de la política occidental— fue su blanca, perfecta, oval dentadura. Lo demás de su esbelta naturaleza ya había podido ser enjuiciado anteriormente.

No sabemos si la demora en sonreír —para, al cabo, compensarnos con generosidad del olvido— corresponde a una táctica prevista por los altos dignatarios, y felizmente ensayada ahora por su beldad representativa. La sonrisa tardía, pero hermosísima, de miss Naciones Unidas podría adquirir así una virtud simbólica. Es —guardando las distancias, naturalmente— la sonrisa que hará Tschombe ahora; la que incumbirá hacer a los hombres del Caribe, después de su viaje de ida y vuelta de Cuba; la sonrisa de la política de distensión, de apaciguamiento de toma y daca que postula y realiza día a día el alto organismo internacional.

Confesemos, sin embargo, que en la sonrisa de la señorita sueca estaba implícita la satisfacción por una victoria absoluta y sin tacha sobre varias docenas de mujeres guapas, en tanto que las sonrisas oficinescas y diplomáticas son a menudo conclusión de sólo medias victorias, o aún de amortiguadas derrotas. De ello sacaremos la consecuencia de que para todo sirve el sonreír; la esbozada sonrisa puede ser a la vez maquiavélica reserva, socarronería, astuta timidez; y puede ser también bonanza espiritual y delicado efluvio. Los personajes de Shakespeare —algunos de ellos, sonrien mientras destilan la más amarga hiel y los propósitos más alevosos y vengativos; en las comedias llamadas «altas», o de la alta sociedad, sonreían todos, desde el mayordomo hasta el marido engañado, mientras la tormenta del drama se revuelve ya por dentro con tremendos tornados. Los tipos ruines que hemos conocido en las películas del cine mudo parecían escogidos por su capacidad de sonreír con el toque impreciso de malicia para que la forma de su boca fuera como una fría puñalada. Hemos conocido a diplomáticos cuya nota favorable y decisiva, a la hora de las oposiciones, fue —en paridad de conocimientos con los demás— la impavidez de su rostro alimentada por una enigmática y elocuente sonrisa. Hay una vida mundana en la cual la sonrisa constituye elemento sustancial. Hasta hace poco yo creía que para jugar al golf, pongamos por caso, eran necesarias una serie de capacidades sólo deportivas, entre las cuales estaban, por ejemplo, la flexibilidad del tallo, la armonía del movimiento en el «swing», la llaneza y la fuerza del golpe, etcétera. No bastan. Para ser alguien en el golf, y participar en el «medal play» con garantías, es preciso saber sonreír, con esa sonrisa especial que sólo se encuentra en determinadas esferas sociales, a las cuales no llamaríamos precisamente las clases económicamente fuertes, pero sí las económicamente sonrientes.

Cierto amigo mío, excelente pintor de figuras humanas, a rastras de varios encargos que tuvo de damas de la sociedad, pasó una temporada inscrito en esa zona que abre su calendario a las

invitaciones mundanas, y que se pasa la semana con un vaso de whisky en la mano. Empezó a concurrir con agrado a esas veladas alcohólicas y dialécticas que se dan en los salones privados oficialmente antes de cenar, pero en realidad en alevoso escamoteo de la cena. Tiempo después yo le ví, algo más pálido, pero digno, y me pareció que en sus mejillas se marcaba algo, una huella de desasosiego, un rictus de desengaño. Le pregunté por sus andanzas y me confesó que había tenido que cortar brutalmente con sus inclinaciones. «Me levantaba al día siguiente con cierto dolor, como reumático, en las mejillas; y era de tanto tener que sonreír sin ganas.» Le costó un periodo volver a su rostro la sombra de noble gravedad que era como el espejo de su don más íntimo y que no puede ser adulterado en modo alguno en los «cocktailes» por las exigencias del mercado.

Asistí hace poco a una curiosa escena. Llevaron a entrevistar a la televisión a otro de mis amigos. El promotor del programa le estuvo durante largo rato intentando persuadir de las características y condiciones humanas que son predilectas del público que mira los programas, con ánimo de que mi amigo disimulara ciertas adusteces de su ceño y cierta actitud enconada que es patrimonio de su faz. «Lo que seduce —decía el promotor, una y otra vez— es siempre la sonrisa. Pruebe usted de sonreír, no diga sus cosas como si le estuvieran maltratando.» A mí me parecía muy atinada la observación del promotor, pero no así a mi amigo, que en trance de sonreír no lograba a sus rasgos más que una insípida mueca. Al fin se ensayó el programa y hasta se llegó a dar, pero aseguraba el sorprendido televidado que jamás volvería a pisar unos estudios. «O sale uno allí tal como es o no sale nadie.» Y se preguntaba con razón por qué iba a sonreír precisamente ante la televisión si en el resto del año no se le veía una sola sonrisa. «Si es condición precisa el saber sonreír, que talgan allí los que saben de eso. Que no se preocupen, que los demás no nos vamos a ofender; nosotros vamos a ser lo que los miremos.»

En ciertos países anglosajones la forma de sonreír y la administración de la buena sonrisa forman parte de la educación de la juventud, como determinados otros detalles de la urbanidad estricta. Y en países más próximos a nosotros esa capacidad se acompaña de adiestramientos subalternos y de matizaciones especialísimas para expresar las actitudes deliberantes y los medios tonos.

La ley de la gravedad

La guapísima señorita coronada en Mallorca como belleza de las Naciones Unidas no volverá a sus lares hasta entrado el verano. Las cláusulas del contrato la ponen al servicio de la propaganda universal y de ahora en adelante, en Australia y en el Próximo Oriente, en el Brasil y en Canadá, la señorita Suecia será la sonrisa del mundo.

Los españoles que hemos tenido, como los suecos, el privilegio de saberla seria, podemos tener de ella una opinión sustancial que la agrande y la entronice en nuestro concepto íntimo. A quien haya visto los documentales del tremendo rictus que se les pone en la boca a los astronautas en

En inglés, la hache aspirada de la palabra «perhaps» acompañada o aliñada con la sonrisa propia, produce resultados increíbles. En francés ocurre lo mismo con la afirmación «oui», dicha simplemente con un efluvio indeciso entre la aspiración y la expiración; ello así y con la sonrisa en los labios, el monosílabo adquiere exactamente el sentido contrario a su significado, es decir: no. Como en ciertas ocasiones es muy difícil decir que no, existe pues, una técnica maravillosa de decir que sí pero con reservas trémulas y sonrientes que implican la negación más absoluta e irrevocable.

Quizá sea uno de esos «oui» los que está todavía diciendo en los Estados Unidos de América la famosa sonrisa de la Gioconda. Hemos visto en las revistas gráficas las fotografías de la gente que observa sonreír a esa dama florentina y absolutamente escéptica, enviada por Andre Malraux, seguramente con el propósito de que le dé luego un informe secreto —del que ninguno de nosotros podremos conocer jamás las conclusiones— sobre la gente del otro continente en su vertiente norte. Nos parece entonces, ante el conjunto, que la sonrisa de la Gioconda está pronunciando uno de esos síes contradictorios que son patrimonio renacentista y expansión de una sangre muy vivida. La Gioconda dice «sí» aspirando el vocablo como «une fille du Sacre Coeur» y es posible que el monosílabo tan equivocadamente soplado sea más resonante y aturdidor allí que el célebre zapatazo de Kruschef en la asamblea de la ONU. Estas de la Gioconda son formas antiguas de no dar el beneplácito.

Las sonrisas de las gentes que observan a la Gioconda son, en cambio, sonrisas puritanas. Unas mujeres con gafas se arrancan ante la florentina y enigmática beldad, con ese aire de curiosidad y de avidez con que miran las mujeres en el mercado a veces para sopesar mentalmente el volumen de una col. Esa col llamada Gioconda pesa, aproximadamente, cinco siglos. Mas en su sonrisa está enterrada la reserva mental y el siglo humano de otros veinte de humanidades, de guerras, de pasiones y de sabiduría sustancial. Esas mujeres no saben todavía eso, y tal vez se parezcan a aquellas que motivaron un tremendo descalabro en el ánimo de un paisano mío, escultor catalán, cuando le hicieron detener en el Zoo de Nueva York por supuesto corruptor de menores, ya que había estado mirando con sus ojos terribles y tarraconenses cómo deambulaba por los parterres un colegio de señoritas; pero mientras observaba se había olvidado de sonreír.

determinados momentos de su ascensión a los espacios, cuando cruzan la frontera de la gravedad, no le va a extrañar que consideremos más propia de miss Mundo la facies sin sonrisa. De ella, antes de su coronación, podríamos decir que era la sobriedad del mundo en trance de transformación y en evolutiva génesis. De ella ahora podremos decir que es un anuncio publicitario de los tiempos que vivimos. De ella antes podríamos decir que no había cruzado la gravedad —es decir, que no se había salido de ella—. Ahora no tendremos más remedio que confesar que está entrando en los límites de la frontera en que la gravedad se convierte en horrible mueca. Y tal vez sea este el sentido profundo de su sonrisa recién estrenada.